

## EL SABOR DE LA SANGRE

Lo tengo que hacer de nuevo. Mi instinto me suplica que lo muerda una vez más, pero no es a mi instinto a quien quiero hacer caso. Mi cordura, o lo que queda ya de ella, me susurra que no, que no lo haga. No quiero ser así. No puedo. Pero debo. ¿Por qué, entonces, el Señor quiso hacerme así? ¿Con qué propósito? ¿Verme convertido en un monstruo? No. Debo hacerlo.

Su corazón, aún caliente, descansa en mis manos. Ese olor... Mi boca saliva solo de imaginarse lo que estoy a punto de hacer. Acercó su corazón a mi rostro, rozando levemente con la punta de mi nariz la carne viscosa. El órgano pierde temperatura, ahora es un trozo de carne tibia, pero eso no significa nada, no hay nada que pueda frenar al monstruo que está deseoso por salir. Me pueden las ganas de arrancar un pedazo con mis dientes, saborearlo y dejar que la víscera me acaricie la garganta... El primer contacto es casi como la primera vez que lo hice: una explosión de placer, un hormigueo que recorre todo mi cuerpo abandonándome por las puntas de los dedos. El sabor de la sangre, ese sabor que ciega cualquier juicio humano que pueda aún albergar este cuerpo corrompido por el instinto. Pero también por ese sabor estoy yo aquí en este preciso instante. El sabor del placer absoluto, incomparable a cualquier otra cosa que mi lengua hubiera degustado antes. El sabor que me tiene sucumbido a la naturaleza animal que me agarra y me arrastra con él, desgarrándome por dentro, convenciéndome de que el camino correcto es aquel en el que mi instinto es dueño de mis decisiones. Ese es el martirio en el que me hallo cada vez que me encuentro en esta situación, situación que últimamente se está repitiendo mucho. ¿Quién está haciendo esto? ¿Qué espectro salido del infierno está sometiéndome, muerte tras muerte, obligándome a utilizar este don con el que Dios me ha maldecido? De nuevo este sabor... El líquido rojo resbala por la comisura de mis labios y no puedo evitar recrearme en él. Ese gusto dulce en la punta de mi lengua. Indudablemente, predomina el característico sabor a hierro, pero en mí no hace sino aumentar la ansiedad por inundar mi boca de ella.

Y entonces, ocurre lo esperado.

Está oscuro y hace frío. La mujer tiembla, pero es el miedo el que agita su cuerpo descontroladamente. ¿Dónde está? Miro alrededor, pero solo soy capaz de vislumbrar una habitación vacía, una pequeña ventana rectangular en la parte superior de la pared que le queda a la derecha y unos bultos que me recuerdan a unas cajas de cartón viejas enfrente de ella. Un dolor ardiente procedente de las muñecas empieza a resultar insoportable. Está maniatada de espaldas a una viga. Entonces, por la violenta agitación de su pecho, reparo en que también le cuesta respirar. Tiene un trapo viejo y sucio, a juzgar por el sabor mohoso, a modo de mordaza, y la nariz le duele mucho. Está segura de que la tiene rota. ¿Dónde está? ¿Qué está pasando? Necesito ver, necesito verle la cara y descubrir de una vez por todas quién está detrás de todo esto. De pronto, una puerta hasta entonces invisible se abre con insufrible lentitud descubriendo una figura alta y corpulenta. Con ella, una luz cegadora entra, impidiéndome verle el rostro al perpetrador del inminente crimen. Se ve obligada a entrecerrar los ojos debido a la molestia que le produce, pero tras unos segundos, su vista se va acostumbrando. Aun así no consigo gran diferencia. El contraluz me impide ver. Puedo reconocer un objeto voluminoso que cuelga de su mano. Un inquietante objeto grande, pesado, alargado, con una gran hilera de dientes metálicos. El arma homicida. La mujer hiperventila, creo que se empieza a imaginar por lo que está a punto de pasar. Me está costando mantener la concentración y mi fuerza de voluntad, pero debo aguantar un poco más, tengo que conseguir averiguar la identidad del asesino, tengo que hacerlo por ella. Forcejea contra las cuerdas que la mantienen inmóvil y puedo sentir el pánico envenenando el sabor de su sangre, que se vuelve más amarga, pero gracias al cual me encuentro en ese lugar a través de su mirada. El hombre se acerca a la altura de sus pies. Logro distinguir un cabello de color cobrizo y un bigote exageradamente frondoso. Lleva gafas oscuras, impidiéndome verle los ojos, pero no me hace falta. Agudizo la vista y me percató de que en la parte superior de su mono de trabajo se distingue un bordado con unas palabras. ¡Te tengo!

Antes de que el asesino comience a torturar y poner fin a la vida de la mujer, salgo de la memoria de su sangre. Un minuto más y la sangre me habría dominado. Cada vez me cuesta más controlar mis impulsos y no doblegarme a su delicioso sabor.

Rápidamente introduzco su corazón en la cavidad torácica procurando colocarlo de tal manera que las marcas de mis dientes queden ocultas. Afortunadamente, soy el único que tiene acceso al cadáver, pero nunca está de más ser precavido. El proceso del cierre es sencillo: suturar siguiendo el patrón en forma de “Y” que anteriormente realicé en su pecho, y unas grapas en los extremos por precaución. Mi corazón da un vuelco cuando, en el momento de colocar la última grapa, la puerta de la sala se abre sin mucho cuidado.

—Disculpe, doctor Altuna —la voz de Sánchez, el joven oficial de policía, suena algo compungida. No es la primera vez que el torpe de él se olvida la profesionalidad fuera del departamento—. ¿Tiene el informe listo?

—Deme veinte minutos, me quedan unas anotaciones y las fotografías *post mortem* —respondo apenas apartando la mirada de mi trabajo. El oficial de policía Sánchez está a punto de abandonar la sala cuando carraspeo—. La puerta, por favor.

—Disculpe, señor —dice apenas con un hilo de voz—. Por cierto... —se señala su propia boca—, tiene un poco de...

Me llevo la manga de mi bata a la boca y me froto, descubriendo que, efectivamente, estoy manchado con la sangre de la víctima.

—Ah... esto —intento restarle importancia—. No es nada. He debido mancharme cuando realizaba los cortes. Ya sabe cómo son estas cosas. Gracias por avisar, de todos modos.

Se despide con la mano y se marcha. Joder... Menos mal que Sánchez no es de lo más espabilado del cuerpo de policía. Acabo con los últimos retoques y procedo a fotografiar al cadáver.

He vuelto a hacerlo, y a pesar de lo difícil que me ha resultado, finalmente lo he conseguido. Creo que de todos los casos, este ha sido el más complicado, dado mi estado. Pensaba que no iba a ser capaz, pero a veces hay que tener fe ciega en uno mismo. Si tú no confías en ti, ¿quién lo hará?... Algún día el sabor de la sangre acabará por matarme.

Entrego el informe al responsable. Me hacen unas preguntas extraoficiales para que les revele por encima el resultado de la autopsia. Causa principal de la muerte: hemorragia masiva motivada por unos cortes violentos y profundos por todo el cuerpo. Uno de ellos, irregular y agudo, en la yugular, causó lesiones en órganos vitales y asfixia. No muestra signos de violencia sexual. Ni una huella hallada en todo el cuerpo, ni un cabello, uña ni nada que pudiera servir como pista.

—Esto va a ser imposible —comenta desesperado el inspector Zaballos—. Como sigamos así, nos van a dar por culo.

Maderas Ganiz S.A. Álava

Javier R. Torres

Leo el contenido del sobre una vez más, cierro y lo deposito en el buzón. Aún sigo poniéndome nervioso cada vez que hago esto, ya que no puedo evitar sentir todas las miradas puestas en mí. Debo ser discreto. El sobre ya está en su lugar, a la espera de llegar a su destino. A partir de ahora, lo único que puedo hacer es rezar para que el plan funcione una vez más. Este caso ha sido duro, he sufrido más que nunca, pero debo agradecer a Javier R. Torres que me haya facilitado la información y ahorrado tanto trabajo de investigación gracias al bordado de su mono de trabajo.

Cuando envío las cartas siempre me pregunto si estaré haciendo lo correcto, si no será mejor descubrirle a todo el mundo la manera tan peculiar en que cazo a los asesinos: probar la sangre de las víctimas, introducirme en sus últimos momentos a través de su sabor, recabar toda la información que sea capaz de hallar a través de sus ojos... Pero luego me pregunto: ¿Quién, tras escucharme, no va a pensar que está delante de un psicópata? ¿Quién aceptaría a alguien como yo en un lugar donde, simplemente por discrepar en cuanto a opiniones banales, te marginan? No puedo ni planteármelo. Debo seguir oculto tras la sombra de este sistema.